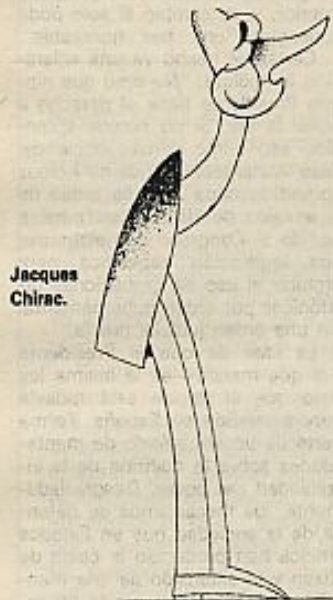


EL PARTIDO DEL PRESIDENTE

NACE un partido político en Francia, y su formulación es la que ya se va haciendo clásica: el partido del poder, el partido del Presidente. Si don Adolfo Suárez siguió una línea que ya había mantenido De Gaulle, y el Rey de Marruecos, Valéry Giscard d'Estaing repite ahora la fórmula de don Adolfo Suárez. Con alguna solera más. Giscard creó en sus tiempos (1960) un partido según las normas democráticas: desde fuera del poder, para optar a él.



Jacques Chirac.

Era la Federación Nacional de los Republicanos Independientes. El partido en nombre del cual Giscard se presentaba a las elecciones legislativas y, más tarde, a las presidenciales, que ganó. La Federación, a base de alianzas y disputas, ha ido degenerando, como ha ido degenerando la asociación entre Giscard y los otros grupos de la mayoría, especialmente los dominados por Chirac.

Ahora, de cara a las elecciones de marzo del año próximo, en vista de la imposibilidad de reconciliación con Chirac, y del ascenso de la izquierda —la cual, a su vez, no cesa en sus disputas internas—, Giscard forma el Partido Republicano. Para entendernos con valores españoles, Chirac representaría algo similar a lo que es aquí Alianza Popular, y Giscard lo que es la Unión del Centro. Con enormes distancias.

El propio Presidente de la República se reserva un papel modesto en la formación del partido —para cuya fundación se ha elegido la ciudad de Fréjus—. La presidencia de honor corresponde al famoso Poniatowski, que se ilustró como ministro represor durante los años pasados, pero que en la última remodelación ministerial ha salido del Gabinete para convertirse en "embajador viajero" de Francia: un cargo que no es nada, como

nada es la presidencia de honor del partido. La secretaria general, que sí es ejecutiva y organizadora, la ejerce Jean-Pierre Soisson, que era hasta ahora secretario de Estado para Deportes; digamos que una especie de Leopoldo Calvo-Sotelo en la Unión del Centro, siempre dentro de las odiosas comparaciones.

Aparecería así la derecha —también allí— dividida entre reformistas, más o menos disfrazados de centro, y clásicos, más o menos disfrazados de degolistas. En las frases descriptivas de Soisson: "Queremos agrupar a todos los franceses que no desean el programa común de la izquierda, pero tampoco una mayoría a la defensiva" hay resonancias conocidas.

Sin embargo, de esta aparente escisión de la derecha no debe desprenderse ya la idea de que irá dividida a las elecciones. Los observadoras de la compleja política francesa estiman que ahora es más posible el pacto que nunca: entre el nuevo partido del Presidente, que aportaría nada menos que el ejercicio del poder y una imagen reformista, el Partido Radical, creado por Jean-Jacques Servan-Schreiber (o recreado o habitado por él), que también ha sido colaborador estrecho de Giscard, y una posible resignación con vistas electorales de la derecha

Giscard d'Estaing.



clásica de Chirac (el RPR), podría formarse una especie de movimiento con el que la actual mayoría parlamentaria (que no nacional, como se ha visto en las elecciones municipales) pudiese hacer una imitación oportunista del pacto de la izquierda. Siempre que el Presidente no calcule que de aquí a las elecciones, en los "trescientos días" que figuran ya como el propósito de su gran progreso, no vea la posibilidad de ir solo a las elecciones ■

Mercado Común

LA AMPLIACION DE LA COMUNIDAD

EN el castillo de Leeds —Londres— se ha celebrado el fin de semana una reunión de los ministros de Asuntos Exteriores de la Comunidad Económica Europea. Una reunión habitual, se dice. Pero una reunión inquietante porque su tema principal ha sido el de la ampliación de la Comunidad: es decir, la posibilidad, en un momento dado, de la inclusión de los tres países que están a las puertas del Mercado Común, que son Portugal, Grecia y España. Las tres jóvenes democracias, o aspirantes a democracias, que salen, están saliendo o querían salir de largas etapas dictatoriales. No es la política de estos países la que preocupa a los reunidos, sino la economía, la organización y el reparto, aunque aparezcan objeciones políticas aún (en el caso de España, se mantendrán por lo menos hasta comprobar que efectivamente se realizan las elecciones generales del 15 de junio, y se realizan con arreglo a un cierto respeto para con la idea general de democracia). Un resumen de las restricciones a la cuestión es el que ha hecho (en unas declaraciones ante la prensa

diplomática de París) el que fue ministro de Asuntos Exteriores de Francia, y ahora es precisamente de la Comisión de Asuntos Exteriores de la Asamblea Nacional, Maurice Couve de Murville. "La Comunidad —dice— se ha hecho ya muy difícil de administrar cuando se ha ampliado, especialmente tras la entrada de la Gran Bretaña. Pero ha subsistido, dando así la prueba de que correspondía a una realidad, a pesar de las dificultades de todas clases, especialmente en el aspecto agrícola. Hoy, la eventualidad de una nueva ampliación, destinada a responder al deseo de países como Grecia, Turquía, España o Portugal, nos plantea un problema muy grave. Por razones económicas: ¿Cuáles serían las consecuencias de la participación en el Mercado Común agrícola de países que tienen producciones similares a las de Francia o Italia? Por razones políticas también: el crecimiento de miembros de la Comunidad no modifica solamente sus dimensiones, sino también su naturaleza, tanto más cuando los regímenes políticos respectivos de esos países son bastante diferentes de los

nuestros. Por otra parte no es cómodo, e incluso no es deseable, cerrar la puerta a esos países que son vecinos y amigos. Pero, en cualquier hipótesis, no será posible mantener las instituciones de la Comunidad tales como son si esta Comunidad se amplía aún más".

Vinos, verduras, aceites, son los tres componentes principales del problema. Son gamas de producción enormes en España, son también importantes en los otros postulantes. Pero lo son también en Francia, en Italia: es una bocanada de Sur la que entraría en la ya alterada "Europa verde". El problema existe en menor medida para Gran Bretaña, y es efectivamente Gran Bretaña la que más favorece la ampliación, y la defiende en el sentido de que las "nuevas democracias" no podrían subsistir mucho tiempo si no pertenecen a la Comunidad y reciben de ella su espaldarazo: pagar el precio económico de la ampliación sería pagar un precio político para asegurar las democracias en el Sur. El problema será lo que digan los agricultores del continente y si sus Gobiernos están dispuestos a aguantarlo.